

## LA FIESTA DE LA VIRGEN.

(EN LOS CAMPOS.)

Todavía me parece estar mirando aquella casa de paredes blancas y de enormes patios que dió hospedaje á mis ensueños y á mis amarguras. Todavía me parece estar mirando la fuente rodeada de naranjos, el viejo asiento de piedra en que descansábamos al anochecer, mientras entraban los ganados al establo y se encendían los astros en el cielo; y el frondoso fresno que sombreaba la puerta de la casa, como un gigante guardia-palatino.

Yo recobraba allí mis fuerzas extinguidas en esa lucha diaria con las ideas y las pasiones. Me escondía en aquella bendita heredad, lejos de esta enorme caldera humana en donde bullimos con la hinchazón de las burbujas, y aquietaba mi ánimo. De los campos en donde el buey araba y el ancho zurco abríase, subía hasta mí ese olor sano de la Naturaleza que vigoriza y fortifica el cuerpo. De las personas en cuya intimidad vivía, brotaba ese perfume delicioso de las almas buenas, que da calor y vida á nuestro espíritu. Recogido en aquella calma augusta de los campos, yo decía á la Naturaleza como Lacordaire al Creador:

—¡Oh madre, eterna madre, yo voy á vos..... abridme!

\*\*\*

El invierno entumecía las aves en sus nidos y transformaba en cristales duros el agua helada de las fuentes. Los pobres labradores tiritaban, y el cielo resplandecía con todas sus hermosas claridades, como una plancha de acero azul bruñido. Los carros atravesaban la calzada rechinando. Mis oídos se abrían á todos esos rumores sordos de los campos, á esos vagos ruidos del viento que brama entre los viejos encinares y besa murmurando el tallo de las rosas, como Hércules á los piés de Onfalia. Oía el balido de la oveja y el piafar del potro, la voz del buey que muge y la campana de la ermita, dando, al obscurecer, las oraciones.

También la madre Naturaleza reconstruía sus fuerzas como yo.

Los granos caían en el surco y las ideas arraigaban en mi entendimiento. El hielo de los campos y la austeridad huraña de mi espíritu, no eran mas que disfraces pasajeros: la simiente se multiplicaba bajo de la tierra, y las doradas ilusiones sacudían sus alas entumecidas en mi alma, como salen del tamarindo hospedador las aves que pasaron la noche entre sus ramas!

\*\*\*

El frío nos obligaba á buscar la atmósfera caliente de las habitaciones y á galopar por las mañanas en el valle. La noche nos veía reunidos en la capilla, angosta y larga, á través de cuya ventana se miraba el cintilante resplandor de las estrellas que ardían sin producir calor, como aguzadas puntas de diamante. A veces las estrellas se apagaban:—¡diríase que la sombra de Dios pasaba por el cielo!

La capilla estaba comunmente casi á oscuras. Una lámpara de aceite ardía nada más junto á la imagen de la Virgen. Era el alma de fuego que oraba por los espíritus de hielo. En la sombra se perfilaban los confesionarios con la reja abierta para recibir á los pecadores. En un lienzo de la pared se destacaba el cuadro de la Virgen de la Luz. Al concluir la oración, las jóvenes se ponían de puntillas para tocar sus plantas con los labios.

\*\*\*

Ningún recuerdo, sin embargo, vive con tanta vida en mi memoria, como el de ese claro y sereno día de la *Purísima*. En la noche anterior, se había ocupado la familia en disponer el santo altar. Yo había ayudado á colocar los cirios y á poner las flores de papel en los jarrones de yeso. En el jardín no había mas que una sola flor —y esa no la hallé en mis pesquisas.—Solo una mujer puede encontrar las flores dentro de la nieve!

¡Ay! aquella sencilla ocupación regocijaba mi ánimo. Me parecía que me iba aproximando á los días apacibles de mi infancia, esto es, que iba llegando al cielo. Respiré con delicia el místico olor del incienso—ese divino olor de castidad!—En la mesa tallada de la sacristía brillaba limpio y lustroso, el copón de oro. Al acostarme aquella noche, pensé oír ese vago rumor de alas que arrulló mi sueño la víspera de mi primera comunión!

\*\*\*

En la tarde del siguiente día se verificó la procesión en el cercano pueblo. Yo jamás había visto procesiones. Vine al mundo cuando los cirios que un poeta vió en manos de los monjes en el coro —y que simbolizaban la fe—estaban casi todos apagados. Ver una procesión me alborotaba, pues, como la gran contemplación del Océano.

Las leyes de Reforma tenían ya tantos años como yo; pero en los pueblos nadie sabe leyes. El alcalde, representante del Estado en esa pobre aldea, era tal vez el único que conocía las cortapisas impuestas á los cultos religiosos. Por eso, bastón en mano, salía de su palacio—un caserón con dos corrales llenos de gallinas—y, al hallarme, con cierta rigidez homérica me preguntaba:—¿Por dónde viene la procesión?—Yo le indicaba el rumbo que había tomado al salir de la parroquia. Entonces él, torciendo por la calle opuesta, me decía:—Voy por aquí. Yo no quiero saber que hay procesión. No puedo permitir esta infracción escandalosa de las leyes!

\*\*\*

Reventaban los petardos y los cohetes subían culebreando por la atmósfera. Todos los balcones y ventanas se veían llenos de mujeres y de niños. Las sobrecamas y las carpetas de las mesas servían, por aquella vez, de colgaduras. En la parroquia repicaban las campanas.

Por fin, la procesión desembocó. Ya olía el aire á incienso. Por delante marchaban los niños de coro, con sobrepellices lavados y zapatos nuevos. Luego, de dos en dos marchaban los devotos, cirios en mano. Aquellas buenas gentes formaban como la guardia de honor de la Virgen, que iba en andas. Atrás, entre una doble hilera de gente arrodillada, bajo el pobre palio, iba el guardián con su ornamento azul, enorme lujo de los días solemnes, llevando entre sus manos las custodia santa!

Al desfilar la procesión reventaban con multiplicada fuerza los petardos, la campanilla dejaba oír su timbre de oro, y una lluvia de flores silvestres descendía de los balcones.—¡Oh santa sencillez! ¡Oh santo amor!

\*\*\*

¿Por qué arrancar á los humildes y á los pobres el pan que los nutre y el bastón que los sostiene, la esperanza? ¿Quién dará entonces fuerza á esos cuerpos miserables que se encorvan sobre el

terruño? ¿Qué premio esperarán esos desheredados de la tierra, que llegaron tarde á la cabecera del padre moribundo, y no obtuvieron de su herencia más que los dolores? No les quiteis, por Dios, la mano que los levanta en sus caídas, el soplo que vivifica sus espíritus, el ala que puede levantarlos hasta el cielo. ¡Son tan pobres!

—¿Crees en Dios? — preguntaba á un marino un gran poeta.

—¿A quién, si no, oraría cuando la tempestad hincha los mares y relampaguea en el cielo?

La fe es la mano que está tendida siempre, el bolsillo que nunca se vacía, el corazón que eternamente late. ¡Cuántos odios agitarían sus cuerpos de culebra en el oscuro fondo de esas almas tan mal queridas por la tierra, si la Virgen no sonriera en el altar, y si Cristo no abriese sus éxangües brazos en la cruz! ¡La Virgen es la madre de todos los huérfanos!

\*\*\*

La fiesta terminaba ya en el pueblo. Los fuegos de artificio abrían sus flores rojas en el oscuro lienzo de la noche. Las estrellas cintilaban en el cielo, tan frías y tan brillantes como en la noche de Navidad. Nosotros regresábamos contentos en el *breack*, abriendo nuestros oídos á los rumores majestuosos de la noche, y nuestros corazones á las voces del cielo. Ya distinguíamos los fuegos y las luces de la hacienda, la última rueda de cohetes se había apagado ya en la obscuridad. Los luceros brillaban siempre en el espacio!

## MÉXICO EN INVIERNO.

La Navidad, con voz aguardentosa, llama á la dócil puerta del estómago. Los aparadores ostentan detrás de los cristales, empañados por el frío, todas las obras maestras de la glotonería. El severo jamón, con gravedad de hombre político, se pavonea orgulloso al lado de los eternos salchichones, envueltos en su funda plateada, como los ricos egoistas y los tabacos de la Habana. El pavo, atravesado por un puñal luciente, abre su pico inmóvil, pidiendo misericordia. Los chorizos se juntan, atados como galeotes, y formando collares pantagruélicos, excitan los apetitos más rehacios. El gas alumbrado con su luz descocada é insolente, las pilastras y torres de lustrosas latas, anchas y angostas, oblongas y cuadradas, todas resplandecientes como el acero bruñido y reflejando la llama tranquila de los quemadores. Por entre las marañas y guedejas de heno mal peinado, cuelgan cuerpos de azúcar y ángeles de caramelo. Las cajas de galletas, abiertas con malicia, dejan ver sus hileras color de oro. Pendientes de las ramas puestas en el aparador, figurando árboles, danzan alegremente las pequeñas canastas de nervioso mimbre, ó de cabellos argentinos. Adentro, tras el gran mostrador siempre ocupado, los dependientes, con la chaqueta negra abotonada, se multiplican destapando botes, abriendo cajas y cortando quesos. Sobre aquel círculo inmenso, forrado de latón, descansa un queso suizo, respirando glotonería por cada uno de sus mil ojuelos. Las botellas, escalonadas como batallones de prusianos, con sus cascos plateados y amarillos preparan el ataque en pelotones. Allí descubro el Chateau-Larose, carmíneo, como las ardientes mejillas de la Srita. P..., el Jonhanisberg, fluido y transparente; el finchado Oporto, que da la petulancia, y el verdoso Rhin, que da el amor. ¡Paso á los coraceros! El Champagne, aparatoso y fátuo, como buen francés, lleno de condecoraciones y dorados, cautiva los ojos con su lujo aristocrático. Las bodegas del Marne se han vaciado para

llenar esos escaparates. Ahí están las botellas alemanas, con sus cuellos de caballos de carrera, largos y flacos, hechos para uso de las grullas y de los berlineses; las botellas francesas, coquetas y relucientes, con trajes de amazona y sombrerillos de lofóforos; los grandes vinos españoles, los grandes señores de los vinos, altivos y severos, como nobles castellanos delante de su rey; las cosechas de Andalucía, los líquidos transparentes, que tienen un átomo de sol en cada gota; los tarros de Cognac, los barriles de Burdeos, con la bronceada espita abierta y derramando el generoso líquido en las botellas de verdinegro vidrio; el Ajenjo, color de océano, y la Chartreuse, color de ámbar; toda la interminable descendencia de la uva, toda la tumultuosa variedad de vinos, asecha al comprador, parapetada en los escaparates; y las botellas, altas y chaparras, gruesas y delgadas, adustas y coquetas, airosas y desgarbadas, provocan y llaman á los glotones transeuntes, con el descaro de una turba de loretas, tirando de la levita al extranjero que pasa á media noche por los boulevares.

La mar, la eterna esclava, envía diariamente á nuestras fondas, gruesas de ostras y cargamento de pescado. El huachinango, abierto por mitad, muestra su blancura láctea y su carne de camelia. El pámpano se sonroja detrás de las vidrieras. Los caracoles se juntan al camarón rojizo. Y junto á estos criollos de la mar, asoman siempre altivos los pescados extranjeros, el Salmón, la Langosta, el Mackerel, el Maquereau, el Calamar y la Lamprea, en promiscuo ayuntamiento con el jamón endiablado y con el jamón en pasta, el Turkey y el Chicken, el Beef-Touque y el Paté de foie-gras, las aceitunas, los pickles, las anchoas.

Los pasteleros no se dan un punto de descanso. El horno, constantemente encendido, tuesta con sus besos de fuego, la obediente masa. Una dorada y apetitosa costra rodea las grandes empanadas, rellenas de jamón ó sardinas. La viuda Genin encarcela en los aparadores de cristales, grandes ejércitos de pasteles, todavía calientes, y cada vez que levanta su cubierta, sube de aquella masa un humo tenue, que acaricia los olfatos *lerdistas* de los parroquianos. Messer vende bombones á carretadas. Zepeda vacía sus bodegas para abastecer á los clientes. Acabo de ver, en pie, junto á un aparador, á un pobre viejo, que tiritando de frío, con las manos ocultas en los bolsillos del pantalón, prendido con un alfiler el cuello del raído saco, y calado el grasiento sombrero hasta los ojos, contemplaba con tristeza mezclada de codicia, la sana rubicundez de los jamones y la blancura aristocrática de los pescados. ¡Pobre viejo! Estaba cenando mentalmente. Sus ojos, resplandecientes de glotonería, hubieran devorado hasta las velas de esperma que danzaban en el aparador, pendientes de las ramas. ¡Bien se conoce que esta noche es Noche Buena!

\*\*\*

¿En dónde iré á tomar la sopa de almendra? Las nueve noches de posadas han transcurrido para mí monótonas y tristes. He visto muchos cohetes en el aire, muchos canastos cargados de provisiones, en las calles, muchos balcones iluminados y muchas sombras bailando tras de las persianas. Pero los profanos estamos excluidos de esas fiestas de familia. Las casas más hospitalarias han tapiado sus puertas, prohibiéndonos la entrada. No ha habido más remedio que ir á refugiarse en algún teatro, pensando en la ópera bufa que llegará dentro de pocos días, ó esperar á que suene la media noche, bostezando, en los billares desiertos de Iturbide.

Unos cuantos americanos juegan muy gravemente al pokart en aquella mesa. Tres hombres políticos discurren en la cantina acaloradamente, en *tête à tête* con tres vasos de ajeno. Un viejo de barba blanca, algo amarillenta cerca de la boca, por la vecindad del cigarro apura á pequeños sorbos su café, leyendo atentamente algún periódico. El salón está escasamente concurrido. La doble hilera de luces, escondidas en bombillas blancas, se extiende con la gravedad de todas las líneas rectas, hasta el fondo. El forro verde de las mesas alineadas, toma un tinte obscuro por la débil claridad de los reverberos, que están á media luz. En la gran mesa, dos veteranos del billar juegan una guerra de piña. Las bolas blancas corretean dispersas, y poco á poco van cayendo en las buchacas. Los dos jugadores permanecen mudos; solo se escucha el golpe seco de los tacos y el choque opacamente sonoro del marfil. Estoy seguro que va apostada en este juego una gruesa cantidad. El que ahora tira, con su chaqueta gris, su sombrero de alas anchas, su pantalón bombacho y el interminable bejuco de oro, que se enreda formando arabescos en los botones de su chaleco, tiene todo el tipo de un jugador de oficio. El otro tiene cara más bonachona: apostaría á que pierde.

En dos mesas se juega carambola. Un grupo de curiosos ó desocupados, observa á aquellos estudiantes, que vienen á estudiar la geometría en el tapete verde del billar. Lo demás del salón está desierto. Un ochentón embozado hasta las cejas y cubierta la nariz por una gran bufanda de cuadros blancos y aplomados, ronca patriarcalmente junto al polvoroso mármol de una mesa. Por las puertas á medio abrir, que comunican con el pórtico, se ven pasar sombras chinescas, cuyas líneas percíbense claramente cuando la luz del salón frontero á los billares, las alumbrá. En el salón del hotel, un hombre grueso, sentado junto á la mesa redonda, lee un periódico. El sofá y los sillones de bejuco abren en vano sus brazos africanos. La lámpara de gas está á medio encender, y un pasajero afi-

cionado, cuya figura no puede distinguirse desde aquí, toca al piano la invocación de Bertramo en *Roberto el Diablo*.

En los corredores del hotel reina la misma soledad, la misma sombra. Las persianas están todas corridas, y apenas si por entre los intersticios de alguna se escapan los vergonzantes rayos de una luz. Los extranjeros que viven en aquellas habitaciones deben aburrirse soberanamente.

Yo no soy extranjero, y sin embargo, me aburro tan soberanamente como ellos. La luz eléctrica proyecta su claridad hiperbórea como el sol polar, y yo tiritito de frío, como debió tiritar Northeskiold.

Car l'hiver ce n'est pas la bise et la froidure  
Et les maisons deserts qu'hier nous avons vu;  
C'est le cœur sans rayons, c'est l'ame sans verdure,  
C'est ce que je serais quand vous n'y serez plus!

\*\*\*

Es necesario saborear á pequeños sorbos los últimos días del año que se va. He aquí que vuelve San Silvestre, y tocando con el nudoso bordón á nuestra puerta, exige el recibo legalmente estampillado de los trescientos sesenta y cinco días que hemos gastado. Héle ahí, pobre viejo á quien el calendario, como una casa de vecindad toda alquilada, no ha podido dar más que la obscura y última bohardilla! ¡Héle ahí! San Silvestre: calienta tus entumecidos miembros junto á la chimenea; toma un vaso de ron, y luego, vete!

Yo de mí sé decir que no acompañaré con un suspiro el fúnebre Corbillard del año muerto. Puede en buena hora escurrirse con los años que le precedieron en el amplio almacén de accesorios, en donde el gran maquinista guarda las viejas lunas y los rayos enmohecidos! Sus doce meses me aparecen ahora con un vestido gris, liso y monótono. Como Fervacques, veo con tristeza que no corre una sola cuenta roja en el rosario de esos días color de plomo. Al revés de esos años juveniles que brillan en mi vida como esos clavos de oro sembrados en el muro que miró Bossuet, éste aparece grave, huraño y seco, bien oculto en los pliegues de una levita larga y ancha! ¡Ni una aventura galante! ¡Ni un día que se presente en mis recuerdos con la escala de seda que colgaba de los balcones altos de Julieta! ¿Será culpa del año? ¿Seré yo culpable? Con la edad ha venido la prudencia..... relativa, señoras, relativa.

Como un viajero que vuelve de los países más extraños y escucha indiferente ó distraído las narraciones más fantásticas, me siento á orillas del camino y asisto, espectador impasible, á la comedia humana, que desarrolla ante mi vista sus mil decoraciones, brillan-

tes, nuevas y diversas en la superficie, pero iguales, eternamente iguales en el fondo. Los amores y los duelos, los suicidios y los crímenes, los que se arruinan y los que se enamoran, no me conmueven ya: ¡he visto tantos! ¡Ay! ¡esas emociones que se llevaron enredadas en su traje los años juveniles, son las que echo de menos! Aquellos años exhalan todavía un débil perfume, que me suele subir á la cabeza. Los caducos encajes de punto de Ginebra, que duermen con el sueño de los justos en el baúl de rosa de mi abuela, huelen todavía á bergamota, el perfume aristocrático de aquellos tiempos. El listón color de cielo, esos renglones diminutos y torcidos, la máscara deshilachada, el roto encaje, las flores amarillas y el retrato en su estuche de terciopelo, que guardo en el cajón de los recuerdos, huelen aún á juventud.

\* \* \*

Dieron las once en ese nido de lechuzas que se llama el campanario, y me dispuse á recorrer las calles. La perspectiva altamente romántica de quedarme en casa, esperando el primer aleteo de los fantasmas que vagan por la atmósfera al sonar la media noche, me aterraba. Ya había dispuesto mi paletot de invierno para salir á recorrer las calles, espiando por los vidrios de cada balcón iluminado esas tranquilas fiestas de familia que pasan como un soplo de calor por todo el cuerpo. Las iglesias, siempre abiertas para los menesterosos, me convidaban á pasar la noche, oyendo las tres misas del gallo. La doble hilera de puntos luminosos que rodea las bóvedas de San Bernardo, estaba ya encendida. Los cirios del altar alzaban, pidiendo luz, sus pábilos negruzcos. En el coro—un coro que me hace temblar de miedo, pensando en su desplome no remoto—había ya algunas luces encendidas, y el organista, todavía cubierto por un deshilvanado *cachenèz*, preludiaba, casi dormido, algunas notas, que salían desentonadas y agrias, por los estrechos tubos, como si el aire de la noche las hubiera acatarrado. Los músicos iban llegado paulatinamente envueltos en sus capas y asomando por lo bajo la herradura de un violín, el agujero angosto de los clarinetes ó el dorado brillante de los bronces; los atriles, maltrechos y empolvados, salían de sus escondrijos, produciendo ese choque de madera apolillada que se escucha en los coros de las iglesias y en las bodegas de los teatros. Paquetes azules de velas esteáricas, con su etiqueta blanca coronada por una estrella de oro, yacían despedazados en el suelo. Sobre uno de los atriles extendíase el papel de música amarilleado por los años, y contigua, en un candelero grasiento de latón, la vela, blanca como una novia en la mañana de la boda, iluminaba con su luz de virgen los garabatos

retorcidos de las notas. Los músicos, templando sus respectivos instrumentos; los quejidos del órgano enojado por aquel despertar á media noche, y el bullicio de monaguillos y sochantres producían una churrigueresca mezcla de sonidos que bramaban de ira al verse juntos, y que subían á esconderse en las cornisas, ceñudos y desapacibles, como viejos sargentos de cuartel á quienes una falsa alarma hace abandonar de madrugada sus jergones. Abajo, en la nave recta de la iglesia, había poquísimos devotos. Las bancas, color de caoba, formadas en dos batallones, frente por frente del altar mayor, severas y desnudas, estaban en espera del obscuro merino de las viejas y de la seda crujiente de las jóvenes. Únicamente la devota anciana que debía pedir una limosna para el culto, en la cerrada reja de las bancas, rezongando entre dientes una oración cualquiera, iba arrimando trabajosamente la mesilla sobre la que brillaba, limpia y tersa, una grande charola de Cristoffle. Dos sacristanes mocetones sacudían el púlpito, cuya lámpara de gas estaba ya encendida.

Algunos mozos entraban con gran estrépito en el templo, trayendo á cuestras reclinatorios y sillones.

De cuando en cuando oía el rumor aristocrático de un coche que se detenía en la puerta; luego el sonido metálico de una moneda cayendo sobre la gran charola de Cristoffle: volvía la cara y encontrábanse mis ojos con algunas de las reinas sin corona de nuestros paseos y nuestros teatros, que ludiendo la falda de su traje contra el correcto pavimento entarimado, entraba majestuosamente é iba á arrodillarse en el bordado reclinatorio, que un lacayo obediente le ponía. Junto á mí estaba una anciana dormitando.

En la sacristía notábase mayor bullicio y movimiento. Los inmensos cajones de madera, que se incrustan en cómodas enormes de nogal, abiertos como un baúl en día de viaje, dejaban ver el oro resplandeciente de pálios y casullas, la nítida blancura de las sobrepellices, y las joróbas tétricas de los bonetes. Unos cuantos chiquillos retozaban, apoyándose mutuamente en los cirios gruesos que llevaban en las manos. El capellán, todavía de sotana y de manteo, paseaba agitadamente registrando los cajones, en tanto que uno de los sacristanes, con su chaqueta gris y su amplio pantalón, ya roto de las rodillas, alistaba sobre la mesa el ornamento. Las vinajeras á medio llenar, permanecían sobre una de las cómodas.

\* \* \*

¡Oh noche "azul y fría" de Navidad, como te apellidaba Baudelaire! Con cuánto afán te aguardan en sus camitas bien calientes esos pobres niños, á quienes regocijas de antemano con el alegre

son de tus panderos. Tú eres para ellos—¡pobres seres que todavía conversan con el cielo!—el sueño de muchas noches y la esperanza de los largos días. El niño Noël desciende por las veredas azules del espacio, cortando esas margaritas de oro refulgente que nosotros llamamos estrellas. Viene poco á poco, cargando la pesada maleta donde trae los juguetes y los regalos infantiles, el pastel sabroso y la muñeca de lustrosa porcelana. El pobre niño tiene frío: ha dejado la ardiente zona en donde el sol destrenza su coruscante cabellera y entra en la helada atmósfera en donde boga, como el cadáver de la exangüe Ofelia, ese astro muerto que se llama luna. Abotona bien su capotillo de pieles y ajusta á su pequeño pie los grandes suecos. Los hilos de la escarcha caen del cielo y prenden en el capotillo del rapaz sus delgadas cabezas de alfileres. Ya viene el niño Noël, ya está muy cerca. El árbol de Navidad espera su llegada para encender las luces de la esperma. Bebé coloca en la chimenea sus botincitos y se duerme.

Cuando la luz penetra por las rendijas de la puerta, salta Bebé de su camita y corre á ver lo que Noël dejó en su diminutas botas. Pero ¡ay! el raso turco no guarda ahora más que un billete perfumado. Dice así:

“Bebé:

Has sido muy travieso, y muy desaplicado; no me esperes.”

Los ojos de Bebé se llenan de lágrimas—¡dos violetas cuajadas de rocío!—Toma el billete, y mirando á la aya con tristeza, dice en voz muy baja:

—No es absolutamente necesario que enseñes esta carta á mi mamá.

## CRÓNICAS COLOR DE ROSA.

Febrero 5 de 1882.

.....Gaiffer! No creuse point plus  
bas, tu trouverais l'enfer.—Victor Hugo.

No, yo no haré esta vez mi crónica color de rosa. He perdido mi capital de buen humor, y estoy enfermo. Voy á escribir la crónica color de sombra; negra como los ojos que yo adoro y como las trenzas de Graziella.

La música es una amante dócil y obediente que se somete á todos los caprichos, como la odalisca que para complacer á su señor le ciñe el cuello con el collar divino de sus brazos, ó guarda su reposo en actitud discreta, refrescando la atmósfera con su abanico. Llega á nosotros de puntillas, para no despertarnos si dormimos; toca á nuestra puerta y nos pregunta: —«¿qué sentimientos quieres que despierte en tí?» Por eso ayer reímos con la misma armonía con que hoy lloramos. La música no se impone, no domina: es el lenguaje que se acomoda á todas las pasiones; la lengua del león, que á fuerza de acariciar lamiendo el pie de su señor, hace una llaga. En una misma nota, piensa Fausto, solloza Margarita y ríe Mephisto.

Si hubiera estado alegre, habría reído como un loco, ante las cabriolas salvajes de Boulotte y los furores cómicos de Barba Azul. Pero estaba triste, profundamente triste, y mientras brotaban, alharquintas, de la orquesta, las canciones báquicas y las canciones ofenbáquicas, yo pensaba, no en los grotescos personajes que veía en el escenario, sino en la triste, en la vaga, en la romántica leyenda de Barba Azul.

Barba Azul es uno de los personajes con quienes trabamos amistades desde niños. Su figura torva y pavorosa, está en el primer libro que leemos. Viene á nosotros con las heroínas y los héroes de esas leyendas sobrenaturales que se refieren á los niños por la noche, para